

PROLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

La publicación de una nueva «Historia de los Papas desde fines de la Edad Media», en que se utilicen las fuentes y documentos recientemente hallados, no se podrá considerar como superflua; pues, aun prescindiendo del eminente interés que despierta, de una manera particular en nuestro tiempo, la historia de esa antiquísima y augusta dinastía, siempre llena de nueva vida; hasta desde el punto de vista puramente científico, parece urgentemente necesaria una nueva refundición, que abarcando los resultados de los casi innumerables trabajos particulares realizados en los últimos decenios, los discuta y complete, mediante más extensas investigaciones de las fuentes.

La muy leída obra de Ranke: «Los Pontífices romanos en los siglos xvi y xvii», que fundó la celebridad de aquel autor, el más importante de todos los historiadores protestantes de Alemania, permanece, aún en su última edición, substancialmente en el estado que alcanzaban las investigaciones históricas en la época de su aparición primera, por los años 1834-1836. Las variaciones llevadas á cabo por el anciano autor, se limitan (fuera de las añadiduras acerca de la época de 1829 á 1870) á pocos puntos. Y del período del Renacimiento, para cuya noticia se han acumulado inmensos materiales en estos últimos años, así en Italia como en Alemania y Francia (aquí principalmente por la infatigable actividad de Eugène Müntz), sólo da un concepto sumario. Ahora

bien, una perfecta inteligencia del siglo XVI, es imposible sin el conocimiento exacto precisamente de ese período.

La necesidad de una nueva elaboración de la Historia de los Papas del siglo XV, así como de los tres siglos siguientes, se ha originado finalmente, por la apertura del Archivo secreto pontificio, con tanta magnanimidad ordenada por la Santidad del Papa León XIII. Ni Ranke, ni más adelante Burckhardt, Voigt, Gregorovius y Creighton, en sus obras acerca de la época del Renacimiento, pudieron utilizar el mencionado Archivo; y el mismo Reumont, cuya tan segura como rica Historia de la ciudad de Roma, me ha prestado en el trabajo presente los más excelentes servicios, ofrece solamente aisladas noticias sacadas de aquel riquísimo minero.

Mi primera incumbencia, la cual he procurado desempeñar durante dos largas estancias en la Ciudad eterna, era por lo tanto hacerme cargo de los importantes materiales que en aquel archivo se conservan.

En dichos estudios, en gran manera facilitados por el amigable apoyo que me prestaron los empleados del Archivo, reconocí muy pronto el valor que tiene, aun para la época presente, aquella frase de Pertz: «Las llaves de Pedro son, aún hoy, las llaves de la Edad Media.»

Fuera del Archivo secreto pontificio, he hallado preciosos materiales en Roma, parte por mí mismo, parte recibidos de los amigos que allí tengo, y sacados de una serie de archivos secundarios, que habían permanecido hasta ahora completamente cerrados á la investigación histórica. A este número pertenecen el Archivo consistorial, los archivos de Letrán (por desgracia todavía no ordenados), de la Inquisición, de la Propaganda, de la Capilla Sixtina, de la Secretaría de breves, y la Biblioteca de San Pedro. A par de las mencionadas colecciones, no deben tampoco ser mirados con negligencia los ricos tesoros de la Biblioteca Vaticana, por cuanto Ranke y Gregorovius no pudieron conocer allí sino un muy corto número de manuscritos.

Al trabajo de escudriñar las casi inagotables colecciones pontificias, se añadía el de aprovechar las bibliotecas romanas y archivos privados. Además de las bibliotecas públicas ó semipúblicas, celebradas en todo el mundo erudito (la Angélica, Barberina, Casanatense, Chigi, Corsini, Vallicelliana), visité también

otras colecciones menos conocidas, como las bibliotecas Altieri, Borghese y Boncompagni; los archivos del'Anima, del Campo Santo al Vaticano, y de Sancto Spirito; así como los archivos, en parte difícilmente accesibles, de los príncipes romanos. Algunos de éstos, como por ejemplo el de los Odescalchi y de los Orsini, me ofrecieron pocas noticias; al paso que otros, como el Archivo de los Colonna, Gaetani y Ricci, me rindieron un botín inesperadamente copioso.

La enorme abundancia de los materiales archivados, me hizo resolver á no escudriñar sistemáticamente los archivos romanos sino desde la mitad del siglo XV, que marca el tránsito entre dos grandes épocas, y el propio acabamiento de la Edad Media.

A pesar de la riqueza de los materiales conservados en Roma, no me hube de ceñir á dichas fuentes, para no exponerme al peligro de hacer un trabajo parcial.

Y al comenzar á incluir los demás archivos de Italia en el círculo de mis investigaciones, me dirigí primero á los de las grandes y pequeñas potencias italianas, que estuvieron en continua relación con el Papado, y tuvieron embajadores en Roma, mucho antes y más frecuentemente de lo que ordinariamente se supone. Detúvome más largo tiempo la grandiosa correspondencia diplomática de los Sforza, en el Archivo público de Milán, cuyas lagunas procuré llenar en la biblioteca Ambrosiana, y luego en la Biblioteca Nacional de París. Pero también en Florencia, Sena, Bolonia, Venecia y Mantua, encontré una abundancia no sospechada de documentos referentes á mi asunto y, en gran parte, todavía desconocidos. Menos me ofreció Lucca; al paso que en Módena y en Nápoles, obtuve preciosos materiales para los tomos siguientes.

De suyo se entiende, que en mis viajes científicos no descuidé tampoco las numerosas y copiosas bibliotecas y archivos municipales más importantes de Italia. Asimismo en las colecciones de manuscritos de Francia, Alemania, Austria y Suiza, busqué con ardor los elementos que pudieran completar mi trabajo, y en varios lugares, como por ejemplo en Aix de Provenza, y en Tréveris, tuve el gozo de hacer sorprendentes y preciosos hallazgos.

Las noticias adquiridas en manuscritos, en cuanto alcanza mi conocimiento, no impresos, van señaladas con un asterisco; en la colección de documentos al fin de esta obra, no he podido colocar

más que una parte de los materiales por mí reunidos, para no darle extensión excesiva (1). Por lo demás, tengo el designio de publicar luego una gran colección de documentos para la Historia de los Papas, y aquellos que han de incluirse en dicha colección los indico con dos asteriscos.

Debo dar las mayores gracias, en primer lugar, á Su Santidad el Papa León XIII, que con la mayor benignidad se ha dignado interesarse por mi trabajo, y favorecerlo de una manera merecedora de mi más rendido agradecimiento. Además, á SS. EE., los señores cardenales Jacobini, Hergenröther y Mertel; á S. E., el embajador austriaco junto á la Santa Sede, conde de Paar, á Monseñor de Montel, Mgr. Meszczyński; al señor Guillermo Hüffer, de Roma; y finalmente al P. Ehrle y al Sr. Dr. Gottlob. A la bondad del último debo cierto número de documentos referentes á la guerra contra los turcos.

Me tengo asimismo por muy obligado al Real é Imperial Ministerio de Cultos é Instrucción Pública de Viena, por sus benévolas remisiones de manuscritos, y no menos he hallado en los directores y empleados de los archivos y bibliotecas por mí visitados, una amable acogida y provechosa ayuda para mis estudios. A todos doy nuevamente, desde estas páginas, las más sinceras gracias.

El segundo y tercer tomo terminará la época del Renacimiento. La división ulterior de mi trabajo se toma de la consideración á los tres grandes acontecimientos que, á par del Renacimiento, descuellan en la época moderna; á saber; la gran excisión de la Iglesia Occidental, la Restauración católica y la revolución moderna.

LUDOVICO PASTOR.

15 de Agosto, de 1885.

(1) En vista de la que tiene el presente volumen, he decidido dejar para el segundo la exposición del pontificado de Pío II.

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

Después que recibimos el aviso de nuestro editor, acerca de la necesidad de una nueva edición del primer tomo de esta obra; dejados aparte todos nuestros trabajos, nos ocupamos incesantemente en el mejoramiento y enriquecimiento del tomo presente. En primer lugar, se dirigieron nuestros esfuerzos á utilizar todos los libros publicados desde 1886, en nuestro país y en el extranjero; así como también procuramos dar justa satisfacción á las reclamaciones hechas por la crítica. Además utilizamos algunas obras antiguas y raras, de que no habíamos podido disponer para la primera edición, y asimismo cierto número de nuevas contribuciones de los archivos y bibliotecas de varias ciudades alemanas, suizas, francesas, y principalmente italianas, como Roma, Florencia, Milán, Módena, Sena y Venecia. De propósito hemos evitado aumentar el apéndice de documentos inéditos, con el fin de no acrecentar excesivamente la extensión de la obra; sólo creímos deber hacer una excepción en este respecto, dando cuenta del importante escrito (sacado de un códice de la Biblioteca vaticana), que el cardenal Roberto de Génova, más tarde antipapa Clemente VII, dirigió desde Roma al emperador Carlos IV, á 14 de Abril de 1378, participándole la elección legítima de Urbano VI. Mi modo de pensar acerca de las corrientes espirituales de la época en el presente tomo descrita, que mereció el aplauso de eminentes eruditos como Burckhardt, Müntz y Rossi, ha permanecido inalterable.

L. P.

Innsbruck, 29 de Junio de 1891.